

IV.

En tanto no pudiendo de los Magos
Averiguar Herodes el camino,
Con astucias y pérfidos halagos,
Velando de sus iras los amagos,
Va mirando el país circunvecino.

Y á todos preguntando cariñoso
Va por el niño rey del trono hebreo
Que le trae tan inquieto y receloso:
Mas burlado creyéndose, furioso,
Ruge cual fiero tigre el Iduméo.

Y á los torpes satélites inmundos
Esclavos que le cercan en su trono
Así ordenó en acentos iracundos:
“ Por que ese niño objeto de mi encono
“ No escape á mis enojos furibundos,

“ Volad hácia Belen la maldecida,
“ Y en ella antes, y luego en cuanto abarca
“ El estenso confin de su comarca,
“ No escape á vuestra espada enfurecida.
“ Ni un solo niño hebreo con la vida!”

Y los crudos malvados asesinos,
Del mandato de sangre ejecutores,
En Belen y sus pueblos convecinos,
Como devastadores torbellinos
Fueron llevando el llanto y los horrores.

De dos años abajo perecieron
Al filo sin piedad de sus puñales
Los niños todos de Judá.—Y se oyeron
Gritos que el corazón estremecieron
En pueblos y en incultos eriales.

Y en llanto de dolor inconsolable
Lloró Ramá la flor de sus nacidos;
Y al oír los maternos alaridos,
Un ¡ay! de horror, inmenso, inesplicable,
Repitieron los ecos conmovidos.

En tanto que Miriam y el santo esposo
 Surcando van el piélagó arenoso
 Al soplo del *simun* abrasador;
 Y ambos de amor ardiendo generoso
 Desprecian la fatiga y el dolor.

Las plantas de los brutos encadena
 Aquel cielo de fuego que desploma
 Sus mortíferos rayos en la arena,
 Y como al sol la cándida azucena,
 Se inclina así la virginal paloma.

Y al hijo de su amor en la frescura
 De su regazo oculta cariñosa;
 Hasta encontrar en la letal llanura,
 Bajo verde enramada deliciosa,
 Escondida corriente de agua pura.

A veces en el árido desierto,
 En la agonía del soñar despierto,
 Simula el sol con engañoso halago,
 A su sed agua, á su cansancio puerto,
 Un azulado y transparente lago.

Y cual la rosa de Saron, levanta
 Al frescor de la lluvia apetecido,
 La frente sobre el tallo enardecido:
 Así alegre Miriam, la tarda planta
 Del manso bruto aguija, enflaquecido.

Ya respiran del agua la frescura
 Sus frentes y sus bocas abrasadas,
 Ya tocan del oasis la verdura;
 Mas ven solo al llegar, con amargura,
 Estériles arenas inflamadas.

Cuando de reposar llega el momento,
 Se detiene la rica caravana
 Y en sus tiendas aguarda la mañana;
 Mas solo el azulado firmamento
 Cobija á la familia soberana.

Y los lánguidos miembros abrasados
 Del diurno sol, al húmedo rocío
 Nocturno, sienten doloroso frío:
 José y Miriam entonces desvelados,
 Defienden á Jesus del cierzo impío.

Con frecuencia en los aires resonaba
 Alto clamor de espanto y agonía,
 Que el aura de la noche conturbaba.
 Era que el feroz árabe atacaba
 Las tiendas:—Blanca de terror, MARIA,

Del cuerpo virginal viviente muro
 En torno del infante bien amado
 Hacia, hasta aquel riesgo ya pasado,
 El escuadron se pierde allá en lo oscuro,
 Y el rumor de sus pasos se ha apagado.

Por último tocaron los confines
 Del pais de los sábios Faraones;
 Y vieron elevarse entre jardines,
 Sus templos de acerados torreones,
 Con sus marcos de cándidos jazmines.

Las eternas pirámides perdidas
 En el campo azulado de los cielos;
 Del Nilo las riberas florecidas
 Y sus ondas de blancos barquichuelos
 Y hermosas naos sin cesar hendidas.

Pero aquella region afortunada,
 Por su ciencia y valor tan afamada,
 De monumentos y tesoros llena;
 ¡Es á José y Miriam la tierra agena,
 Y está muy lejos de la patria amada!

De Heliópolis el límite famoso
 Pasando á Matarieh se dirigieron;
 Y allí, tocado el fin del afanoso
 Camino, aun otra vez en el reposo
 Y en la paz de los ángeles vivieron.

